

Carta a un amigo

Amigo Blas de Otero: Porque sé que tú existes, y porque el mundo existe, y yo también existo, porque tú, y yo, y el mundo nos estamos muriendo, gastando nuestras vueltas como quien no hace nada, quiero hablarte y hablarme, dejar hablar al mundo de este dolor que insiste en todo lo que existe.

Vamos a ver, amigo, si ésto puede aguantarse:
El semillero hirviente de un corazón podrido,
los mordiscos chiquitos de las larvas hambrientas,
los días cualesquiera que nos comen por dentro,
la carga de miseria, la experiencia —un residuo—,
las penas amasadas con lento polvo y llanto.

Nos estamos muriendo por los cuatro costados
y también por el quinto de un Dios que no entendemos:
Los metales furiosos, los mohos del cansancio,
los ácidos borrachos de amarguras antiguas,
las corrupciones vivas, las penas materiales...,
todo esto —tú sabes—, todo esto y lo otro.

Tú **sabes**. No perdonas. Estás ardiendo vivo.
La **llama** que nos duele quería ser un ala.
Tú **sabes** y tu verso pone el grito en el cielo.
Tú, **tan serio**, tan hombre, tan de Dios aún sin pecas,
sabes también por dentro de una angustia rampante,
de **poemas** prosaicos, de un amor sublevado.

Nuestra pena es tan vieja que quizá no sea humana:
Ese **mugido** triste del mar abandonado,
ese temblor insomne de un follaje indistinto,
las **montañas** convulsas, el éter luminoso,
un **ave** que se ha vuelto invisible en el viento
viven, dicen y sufren en nuestra propia carne.

Con los cuatro elementos de la sangre, los huesos,
el **alma** transparente y el yo opaco en su centro,
soy **el** agua sin forma que cambiando se irisa,
la **inercia** de la tierra sin memoria que pesa,
el **aire** estupefacto que en sí mismo se pierde,
el **corazón** que insiste tartamudo afirmando.

Soy **ereciente**: Me muero. Soy materia: Palpito.
Soy **un** dolor antiguo como el mundo que aún dura.
He **asumido** en mi cuerpo la pasión, el misterio,
la **esperanza**, el pecado, el recuerdo, el cansancio.
Soy **la** instancia que elevan hacia un Dios excelente
la **materia** y el fuego, los latidos arcaicos.

Debo salvarlo todo si he de salvarme entero.
Soy **coral**, soy muchacha, soy sombra y aire nuevo,
soy **el** tordo en la zarza, soy la luz en el trino,
soy **fuego** sin sustancia, soy espacio en el canto,
soy **estrella**, soy tigre, soy niño y soy diamante
que **proclaman** y exigen que me haga Dios con ellos.

¡Si fuera yo quien sufre! ¡Si fuera Blas de Otero!
¡Si sólo fuera un hombre pequeñito que muere
sabiendo lo que sabe, pesando lo que pesa!
Mas es el mundo entero quien se exalta en nosotros
y es una vieja historia lo que aquí desemboca.
Ser hombre no es ser hombre. Ser hombre es otra cosa.

Invoco a los amantes, los mártires, los locos
que salen de sí mismos buscándose más altos.
Invoco a los valientes, los héroes, los obreros,
los hombres trabajados que duramente aguantan
y día a día ganan su pan mas piden vino.
Invoco a los dolidos. Invoco a los ardientes.

Invoco a los que asaltan, hiriéndose, gloriosos,
la justicia exclusiva y el orden calculado,
las rutinas mortales, el bienestar virtuoso,
la condición finita del hombre que en sí acaba,
la consecuencia estricta, los daños absolutos.
Invoco a los que sufren rompiéndose y amando.

Tú también, Blas de Otero, chocas con tus fronteras,
con la crueldad del tiempo, con límites absurdos,
con tu ciudad, tus días y un caer gota a gota,
con este mal tremendo que no te explica nadie:
Irónicos zumbidos de aviones que pasan
y muertos boca arriba que no, no perdonamos.

A veces me parece que no comprendo nada,
ni este asfalto que piso, ni ese anuncio que miro.
Lo real me resulta increíble y remoto.
Hablo aquí, y estoy lejos. Soy yo, pero soy otro.
Sonámbulo, transcurro sin memoria ni afecto,
desprendido y sin peso, por lúcido ya loco.

Detrás de cada cosa hay otra que es la misma,
idéntica y distinta, real y a un tiempo extraña.
Detrás de cada hombre un espejo repite
los gestos consabidos, mas lejos ya, muy lejos.
Detrás de Blas de Otero, Blas de Otero me mira,
quizá me da la vuelta y viene por mi espalda.

Hace aún pocos días caminábamos juntos
en el frío, en el miedo, en la noche de enero
rasa con sus estrellas declaradas lucientes,
y era raro sentirnos diferentes, andando.
Si tu codo rozaba por azar mi costado,
un temblor me decía: Ese es otro, un misterio.

Hablábamos distantes, inútiles, correctos,
distantes y vacíos porque Dios se ocultaba,
distintos en un tiempo y un lugar personales,
en las pisadas huecas, en un mirar furtivo,
en esto con que afirmo: "yo, tú, él, hoy, mañana",
en esto que separa y es dolor sin remedio.

Tuvimos aún que andar, cruzar calles vacías,
desfilar ante casas quizá nunca habitadas,
saber que una escalera por sí misma no acaba,
traspasar una puerta —lo que es siempre asombroso—,
saludar a otro amigo también raro y humano,
esperar que dijeras: Voy a leer unos versos.

Daba miedo mirarte solo allá, en lo redondo
de un lámpara baja y un antiguo silencio.
Mas hablaste: El poema creció desde tu centro
con un ritmo de salmo, como una voz remota
anterior a ti mismo, más allá de nosotros.
Y supe —era un milagro—: Dios al fin escuchaba.

Todo el dolor del mundo le atraía a nosotros.
Las iras eran santas; el amor, atrevido;
los árboles, los rayos, la materia, las olas
salían en el hombre de un penar sin conciencia,
de un seguir por milenios, sin historia, perdidos.
Como quien dice "sí", dije "Dios" sin pensarlo.

Y vi que era posible vivir, seguir cantando.
Y vi que el mismo abismo de miseria media
como una boca hambrienta, qué grande es la esperanza.
Con los cuatro elementos, más y menos que hombre,
sentí que era posible salvar el mundo entero,
salvarme en él, salvarlo, ser divino hasta en cuerpo.

Por eso, amigo mío, te recuerdo, llorando;
te recuerdo, riendo; te recuerdo, borracho;
pensando que soy bueno, mordiéndome las uñas,
con este yo enconado que no quiero que exista,
con eso que en ti canta, con eso en que me extingo
y digo derramado: Amigo Blas de Otero.

